

Hans el afortunado

Tras siete años al servicio de su patrón, cierto día Hans se acercó y le dijo:

—Patrón, se ha cumplido mi tiempo, quisiera volver a casa con mi madre, le pido que me dé mi paga y me deje ir.

—Me has servido fiel y honestamente. Así de bueno como ha sido el trabajo, así va a ser la recompensa —le respondió el patrón, y le entregó un pedazo de oro, más grande que la cabeza de Hans. Éste sacó su pañuelo, envolvió el oro, se lo puso al hombro y se marchó.

Mientras avanzaba paso a paso, se encontró con un jinete que venía con su caballo a trote ligero y, viéndolo tan descansado y alegre, se dijo a sí mismo en voz alta:

—Ay, qué hermoso es
andar a caballo, sentado
como en un sillón, sin tro-
pezarse con las piedras y
sin estropear los zapa-
tos. ¡Además se avanza
sin hacer esfuerzo!



El jinete, que lo había escuchado, le gritó:
—Y bueno, Hans, ¿por qué entonces vas a pie?
—Es que tengo que llevar este bulto a mi casa. Es oro, pero no me deja mantener erguida la cabeza y hace que me duela el hombro.



—¿Sabes qué? —le dijo el jinete deteniendo el caballo—. ¡Cambieemos! Te doy mi caballo y tú me das el bulto.

—Con mucho gusto —le contestó Hans—, pero le advierto: va a tener bastante carga.

El jinete bajó del caballo, tomó el oro y ayudó a Hans a montar. Le entregó las riendas y se aseguró de que las tuviera firmemente agarradas.

—Cuando quieras andar bien rápido, sólo debes chasquear con la lengua y gritar: “¡Arre, arre!”.

Hans se puso feliz de ir sentado en el caballo, andando libre y alegremente por el mundo. Al cabo de un rato pensó que le gustaría avanzar más ligero y comenzó a chasquear con la lengua y a gritar:

—¡Arre, arre!

El caballo empezó a trotar y, antes de darse cuenta, Hans dio con sus huesos en el suelo y se encontró en la zanja que separaba los campos del camino. Por si esto fuera poco, se le habría escapado el caballo si no lo hubiera detenido un campesino que conducía a una vaca por

el sendero. Hans se incorporó como pudo y se sacudió.

Sin embargo, se sentía decepcionado.

—Es muy difícil andar a caballo, más aún cuando le toca a uno un rocín como éste, que golpea y tira al jinete con el riesgo de matarlo. No volveré a montar nunca más. ¡Es mucho mejor tener una vaca como la suya! Camina tranquilo detrás de ella y además tiene leche, manteca y queso todos los santos días —le dijo al campesino.

—Bueno —le respondió el campesino—, si es un gran favor para usted, le puedo cambiar el caballo por la vaca.

Hans aceptó con suma alegría. El campesino se subió al caballo y se alejó rápidamente.

Hans, por su parte, arreó tranquilo a su vaca y se regocijó del buen trueque que había hecho.

—Sólo necesito un pedacito de pan, que no creo que me llegue a faltar, y tendré asegurada la manteca y el queso todas las veces que quiera. Cuando sienta sed, ordeñaré a mi vaca y tomaré leche. ¿Qué más puede anhelar el corazón?



